

R.P. Sergio Tapia, SS. CC.
Profesor, Los Perales

CRONICA DE LITURGIA

POR QUE ESTA SECCION.— Que la Liturgia forma parte de la Teología, nadie lo pondrá en duda; pero que tenga que ver con la “vida”, no aparece tan claro. Liturgia quiere decir rúbricas, gestos, traducción de la virtud de la religión, exteriorización de nuestros sentimientos relativos a Dios; “culto”, en una palabra, y todavía culto “oficial”, que no deja lugar a aquellas características que la filosofía reconoce como propiedades de la vida: la espontaneidad, lo que arranca de uno lo que no es impuesto del exterior.

Y sin embargo, la Dirección de la Revista ha creído oportuno, más aún, necesario, que la Revista “*Teología y Vida*” tuviese un apartado dedicado a la Liturgia. Por lo menos en los responsables de esta publicación, está claro que la Liturgia tiene alguna relación con la VIDA cristiana.

Un análisis más profundo de la Liturgia nos llevaría a esa misma convicción. Cuesta sacudir el peso de tradiciones, de educación, de concepciones que uno se ha ido haciendo, más que por enseñanzas, por la práctica misma de la vida litúrgica. Pero, gracias a Dios, no son ahora unos pocos “amigos de la Liturgia” (la expresión es significativa) los que se preocupan de penetrar en su significación profunda, después de haberse detenido en su historia y en el sentido parcial de tal o cual gesto; es el pueblo fiel el que en número cada vez mayor exige una participación viva en los misterios litúrgicos, siguiendo los deseos de los Papas de este siglo.

Porque una de las características más importantes de este llamado “movimiento litúrgico” es, precisamente, la actuación que les ha cabido a los Sumos Pontífices; desde San Pío X, que insistía en la “participación activa” de los fieles en los actos litúrgicos, hasta Pío XII, que en su último Documento sobre la Liturgia reguló la manera de esta participación activa de los fieles (Instr. de la S.C. de Ritos, *De Musica Sacra et Sacra Liturgia*, 3-IX-1958), las intervenciones de la Santa Sede han tenido por meta el acercar la liturgia a los fieles, o mejor, éstos a aquélla, buscando el modo como los fieles puedan participar en los Sagrados misterios en forma activa y consciente. Y no podemos pensar que reformas litúrgicas tan importantes como la de Semana Santa, las referentes a la celebración de la S. Misa y a la comunión, los rituales bilingües, etc., tengan por fin mantener atentos a los fieles o “entretenerlos”, ni siquiera “instruirlos”, finalidades que pueden estar presentes en una representación sagrada que organiza, por ejemplo, un cura en su parroquia. La vigorosa expresión de S. Pío X, que nunca nos cansaremos de meditar: “La participación activa de los fieles en los sagrados misterios y en la oración pública y solemne de la Iglesia ES LA FUENTE PRIMERA E INDISPENSABLE donde los fieles pueden BEBER EL VERDADERO ESPIRITU CRISTIANO” (Tra le sollecitudini), nos está indicando que se trata de algo que atañe a algo *esencial* a la vida cristiana. Y hemos dicho “a la VIDA cristiana”, no al “cristianismo”: es muy importante para nuestra

religión que ciertos peritos descifren manuscritos y establezcan los textos originales de la Biblia y de los Santos Padres, realicen profundos estudios de teología, investiguen las raíces históricas de un rito determinado, etc., pero ninguna de estas cosas es esencial para la *vida* de un simple fiel. Lo es, en cambio, el que participe en los misterios litúrgicos, en la forma adecuada. Que esta participación admite grados, no cabe duda, por lo menos después de la Instrucción a que aludíamos más arriba; pero que *alguna* participación debe haber, por mínima que sea, es evidente. Las autoridades de la Iglesia nos exigen la participación semanal al sacrificio de la Misa, la comunión anual, la celebración de determinadas festividades religiosas, etc. Una participación "humana" exige un mínimo de atención y comprensión.

Pero todo esto puede parecer demasiado evidente, o tal vez se quiera ya una presentación más positiva del valor de la Liturgia. Y a esto dedicaremos las líneas siguientes. Recuérdense que se trata de una CRONICA, donde deberíamos hablar de aspectos determinados, cambios, reformas, novedades en el campo litúrgico, publicaciones, y responder a preguntas o consultas que se nos hagan (1). Sin embargo, creemos oportuno comenzar esta CRONICA hablando del valor de la Liturgia. Muchos cristianos, incluso sacerdotes o religiosos, tienen una idea muy errónea de la Liturgia, reduciéndola a lo meramente exterior del culto; para los tales ser "litúrgico" es equivalente a conocer muy bien las rúbricas, a preocuparse de que las ceremonias se desarrollen con la debida corrección y solemnidad, que el ajuar y mobiliario empleados en el culto divino sean dignos. Todo esto está muy bien; pero esto no ES la Liturgia, es sólo su traducción exterior, que habrá que cuidar con el mayor esmero, pero que nunca deberá confundirse con el contenido.

VALOR DE LA LITURGIA.—

San Juan, en el centro de su primera epístola, nos da la clave de nuestra historia: "DIOS ES AMOR" (Agape). Esta frase, con tan profundas resonancias bíblicas, es la cumbre de la revelación del N.T., y la raíz última que explica la conducta de Dios con respecto al hombre. Dios creó al hombre por amor, por ese amor desbordante que la Biblia llama "agape", "caridad", para hacerlo participar de su Vida Divina y colmarlo de felicidad, la que ni siquiera podemos vislumbrar (Cf. Jn. 3,16; 1 Jn. 4,16; ib. v. 8.14-19).

Frente a la desobediencia del primer hombre, que echa por tierra este plan, Dios no se deja vencer y concibe un nuevo Plan, más audaz que el primero; el pecado ha trastocado el orden de la creación, el hombre es enemigo del hombre, y no su hermano; la creación ya no es un espejo que refleje a Dios, sino un obstáculo que se presenta como fin de las aspiraciones humana...; pues bien: Dios decide "reorganizar", hacer una "nueva creación", colocando a "los seres celestes y los terrestres bajo una sola cabeza: "CRISTO" (Ef. 1,10).

Cristo, el propio Hijo de Dios, deberá preparar el Reino de Dios formando aquí un Pueblo, purificado por su sangre, santificado mediante su Vida, enseñado por su Palabra y regido por El mismo, el "Señor", que abarque a toda la humanidad, mediante la opción libre de cada hombre; este Pueblo será un anticipo del Gran-Pueblo que gozará de Dios

(1) Respecto a *consultas*, que atenderemos en la medida de nuestras posibilidades, pedimos no se refieran a *rúbricas* en cuanto tales, sino que se dirijan más bien a la mejor comprensión de algún rito o al porqué de alguna innovación.

por toda la eternidad. En otras palabras, como dice un autor: "A causa del pecado del hombre, se transformó el "misterio" en "Oikonomia", en plan de salud, por la sabiduría y amor de Dios" (2).

Este designio lo concibió Dios desde un comienzo, pero lo mantuvo oculto durante largos siglos, hasta que los tiempos estuviesen preparados. Sólo poco a poco lo fue revelando y poniendo en práctica, para preparar precisamente su plena revelación y ejecución por Cristo. Es a este *Designio* divino, oculto por siempre, al que Sn. Pablo llama MISTERIO, el misterio de Dios (ver Ef., 1,3-14 y 3, 1-13 y ss.).

Pero también forma parte del Misterio su *realización progresiva*, desde el momento en que Dios comienza a formar su pueblo con Abraham. La historia del pueblo de Israel es la paulatina "revelación" y "realización" de este plan concebido por el Amor de Dios, y por eso la llamamos "Historia SAGRADA". La manifestación de este amor de Dios no podemos buscarla únicamente en las declaraciones explícitas que encontramos en los Libros sagrados que relatan esta historia; la historia entera del pueblo de Israel lo manifiesta, especialmente en aquellos grandes "sucesos" o "acontecimientos" claves que manifestaban mejor este Amor de Dios, y que por eso fueron llamados las "magnalia Dei", las cosas maravillosas, portentosas que obraba Dios en favor de su pueblo.

La cumbre de estas maravillas fue la PASCUA, la liberación de Egipto a través del Mar Rojo y el comienzo del camino hacia la patria, la "tierra prometida".

El pueblo de Israel tal vez no se daba bien cuenta de la importancia de estas intervenciones de Dios, ni del sentido que iba tomando su historia, en el momento mismo en que las vivía. Pero después comenzaba un trabajo de reflexión, de meditación, ayudados por el mismo Dios, que enviaba a sus mensajeros, los "Profetas", y cuya obra principal era discernir el hilo central de los acontecimientos, dar una interpretación "religiosa" del pasado, y renovar la esperanza en una intervención del mismo Dios, que establecería su Reino y los liberaría de sus enemigos. Cuando esto no bastaba, Dios permitía ("enviaba") grandes calamidades que remecían al pueblo y lo hacían tomar nuevamente conciencia de su valor de "Pueblo de Dios". Estos acontecimientos, interpretados en forma religiosa a la luz especialmente de los Profetas, se fueron transmitiendo cuidadosamente de padres a hijos, y una parte de esta "tradición" tomó forma ESCRITA, en obras "inspiradas" por el mismo Dios. Estos escritos, que podríamos llamar "Anales de las intervenciones de Dios en favor de su Pueblo" son, ante todo, el "depósito" en que quedan consignados los momentos más significativos de esta *historia sagrada*. Los "Libros Sagrados" van a ser el tesoro más preciado de los israelitas, especialmente desde el momento en que pierdan el Arca que contenía las Tablas de la Ley. En forma cada vez más clara aparece en esos libros sagrados la revelación del Amor de Dios (el "hesed", la misericordia) y la esperanza de una intervención portentosa del mismo Dios.

En Cristo se cumple plenamente esta esperanza: El es la gran *revelación* del Amor de Dios; más aún: *ES este Amor* hecho carne; es la revelación del plan de Dios, de su "sophía", de su sabiduría, que a los ojos de los hombres aparece como "locura" o "estupidez" (1 Cor., 1, 18-25); su Muerte y su Resurrección sellan el sacrificio por el cual la humanidad es rescatada del poder del demonio y convertida en "nueva creatura"; Cristo es la cabeza de esta nueva creación, el verdadero Pueblo de Dios. Con toda razón San Pablo nos puede decir que "se ha manifestado (epéfane) la gracia (járis) de Dios Salvador nuestro a

(2) D. Casel, *El misterio del Culto cristiano*, Ed. Dinor, 1953, p. 51.

todos los hombres" (Tit., 2,11); y San Juan, que "hemos conocido el amor (agape), en que El dió su Vida por nosotros" (1 Jn. 3,16). Cristo ES el Amor de Dios hecho carne, es el medio prodigioso empleado por Dios para rescatar a la humanidad pecadora; y toda la lenta historia de la humanidad y el penoso caminar del pueblo de Israel, no tienen otra meta que la preparación y la Manifestación (Epifanía) de la venida de Cristo. El mundo entero, la creación toda no tiene otro fundamento sino CRISTO (Col., 1, 15-17), ni tiene otro sentido que preparar su última Manifestación, su Parusía, cuando reúna en Sí a todos los miembros de su Cuerpo y los entregue a su Padre (1 Cor., 15-28).

Todo este Designio salvador de Dios tuvo su realización plena en la gran "maravilla", el gran "portento" obrado por Dios: la PASCUA de Cristo, su *Paso* de la Muerte a la Vida, su triunfo sobre el Pecado y el Demonio, mediante el sacrificio ofrecido en la Cruz y que culminó en su Resurrección. Cristo continúa su vida en su Cuerpo Místico, la Iglesia católica. En ella se mantienen las líneas fundamentales delineadas "en sombra" en el A.T.: Vocación gratuita, Pueblo de Dios, respuesta en la fe, éxodo o Paso del poder del demonio al Reino de Dios, etc. Todas estas realidades del A.T., consideradas a la luz de Cristo, aparecen no sólo como preparación, sino como *tipos* que prefiguran la plena realización de los "últimos tiempos".

Toda esta vida de la Iglesia tiene lugar, no ya a través de tipos o sombras, sino en la plena realidad del Misterio Salvador (la Pascua de Cristo), continuado, significado, RE-ACTUALIZADO, hecho presente en forma misteriosa, "sacramental", pero real y eficaz, en los sagrados ritos de la LITURGIA.

Por fin hemos vuelto a encontrar nuestro tema. Era necesaria esta larga disquisición, aparentemente fuera de camino, para hacer ver el contenido, y por ende el valor, de la Liturgia. Ella hace presente, en sus ritos sagrados, el *Misterio*, el Designio Salvador del Amor de Dios realizado en la Muerte y Resurrección de Cristo; y lo hace presente en forma eficaz, es decir, podemos "realizar" nuestra salvación participando en los misterios del culto litúrgico. El Misterio continúa su presencia hoy día gracias a la Liturgia de la Iglesia; el Sacrificio de la Misa o Eucaristía encierra esta riqueza, y por eso constituye el centro de la vida cristiana. En torno a la celebración eucarística "giran", como los planetas en torno al sol, los demás Sacramentos, la Alabanza del Misterio y el mismo Año litúrgico.

Toda la Economía de la Salvación se encuentra como concentrada en la *Misa*, donde el Pueblo de Dios, congregado por su Palabra ofrecerá el único verdadero sacrificio; es el Cristo total que se ofrece a Dios; es la forma por excelencia mediante la cual se hace presente la Acción Salvadora de Cristo. Los Sacramentos completan esta obra, abriéndonos las puertas para participar con fruto de este sacrificio, o extendiendo su efecto a los principales momentos de nuestra vida; el Año litúrgico nos hace recorrer todas sus fases históricas, que culminan con la celebración de la Pascua (de Resurrección). (Esta misma Pascua es hecha presente cada Domingo, ininteligible si se lo separa de su relación al Gran Domingo de Resurrección).

Dicho en otra forma: La Liturgia nos hace presente a Cristo, muerto y resucitado. La vida resucitada "supone y conserva en el Salvador el estado de muerte a la carne", en tal forma que al incorporarse uno a Cristo gracias al rito sacramental, muere y resucita con El. "Muere", en cuanto renuncia al pecado, en cuanto muere el hombre adámico (Ver Roma-

nos, 6,6-11) “resucita”, en cuanto participa de la misma Vida del Resucitado (3). Es lo que expresan tan maravillosamente las oraciones del Misal Romano: “Que el ofrecimiento de este sacramento nos purifique de nuestro hombre viejo (“a vetustate”) y nos haga participantes del misterio salvador” (Postcomunión del 1.er Domingo de Cuaresma); “Concedenos, Señor, la gracia de frecuentar dignamente estos misterios: pues cuantas veces se celebra la conmemoración de este sacrificio, se renueva la obra de nuestra redención (opus nostrae redemptionis exercetur)” (Secreta del Domingo X después de Pent.).

La Liturgia nos aparece así en la perspectiva de la Historia de la Salvación. En ella se continúan las acciones de Dios del Antiguo y del Nuevo Testamento. Dios siempre opera de la misma manera: crea, juzga, salva, hace alianza, mora en medio de su Pueblo. De aquí la importancia de los textos de la Sagrada Escritura que se proclaman en cada Misa: no son “textos escogidos” ni material piadoso para la meditación. Son los *anales de la encarnación de la Palabra de Dios* que, en el contexto de la Liturgia, se hace presente. Y es por esto que todo esfuerzo para comprender y vivir más plenamente la Liturgia tiene que llevarnos a la lectura y meditación constante de la Palabra de Dios, así como, a la inversa, la Biblia sólo encuentra su verdadera dimensión en el curso de la acción litúrgica.

En la palabra de los Profetas había siempre una referencia a los tiempos futuros, los “últimos tiempos”, “El Día de Yahveh”. En Cristo han comenzado estos últimos tiempos, pero todavía no se ha desplegado toda su virtualidad. Nuestra “resurrección” es incipiente, el Señorío de Cristo dista de ser absoluto. “Después de los Misterios pasados, faltan los Misterios futuros. Prefigurados por las realidades del Antiguo y del Nuevo Testamento, los Sacramentos son a su vez (no sólo representativos respecto al pasado, sino) prefigurativos de la vida eterna. El bautismo, anticipa el Juicio, la Eucaristía es el Banquete escatológico ya presente en misterio. Por esto recapitulan toda la Historia de la Salvación. Son memorial, presencia y profecía: “Recolitur memoria Passionis, mens impletur gratia, et futurae gloriae nobis pignus datur” (en la Eucaristía se recuerda la Pasión, el alma se llena de gracia, se nos da una prenda de la gloria futura)” (4).

Podremos vislumbrar toda la inagotable riqueza y profundidad que se encierra en las ceremonias litúrgicas. La Liturgia es “nuestro” culto, pero es mucho más lo que Dios nos da en ella que lo que nosotros podemos ofrecerle. Por ser “nuestro”, es necesario que se encarne en *formas exteriores*. Por no ser espíritus puros, necesitamos encarnar en elementos sensibles nuestra oración comunitaria. Necesitamos de “signos, palabras y símbolos, en los cuales las cosas espirituales encuentren una expresión digna de ella, y nuestra acción común su unidad. Por esto necesitamos iglesias y todo su mobiliario y ajuar, necesitamos cantos, oraciones en alta voz, signos; por esto Cristo mismo nos ha dado los sacramentos, signos sagrados de la gracia invisible, y su Carne bajo las especies visibles de la ofrenda y del banquete sacrificial” (5).

(3) Ver Durrwell, *La Résurrection de Jésus, mystère de salut* (ed. Mappus, París, 4.a ed., 1954, p. 264).

(4) J. Danielou, S.J., “Sacraments et Histoire du Salut”: Trabajo leído en el Congreso de Pastoral litúrgico de Strasburgo, 1958. (“*Parole de Dieu et Liturgie*”, Ed. Du Cerf, 1958, pp. 66-68). Sobre el mismo tema pueden verse los excelentes artículos de J. Jungman, S.J., “Liturgie et Histoire du Salut” “*Lumen Vitae*”, 1955, pp. 281-288; (reproducido en castellano en la Rev. *Kyrios*, N.º 1, 1958, pp. 25-31) y de S. Stenger, O.S.B., “El Hodie de la Liturgia”, *Kyrios*, N.º 3, 1958 pp. 158-162).

(5) J. Jungman, S.J., “*Des lois de la célébration liturgique*”, Ed. Du Cerf. 1956, pp.

Pero repetimos una vez más, esto es el “cuerpo” en el que se encarna la gracia de Dios y nuestro culto. No podemos reducir la Liturgia al cumplimiento meramente externo de las ceremonias, ni a un vano arqueologismo, ni a un cuidado de tipo estético. Y sin embargo, por singular paradoja, es “esencial” a la Liturgia el que se encarna en gestos externos . . .

“Tal es la naturaleza y la razón de ser de la Liturgia: unir nuestras almas a Cristo y hacer que adquieran, por El, la Santidad, para gloria de la Santísima Trinidad” (Pío XII).

LITURGIA ECUMENICA

“Un teólogo prominente de la Iglesia Ortodoxa afirmó que “existe un lazo místico entre católicos y ortodoxos, a causa de la posición única, primera e integral que ocupa la Divina Liturgia, como vehículo de la auténtica vida espiritual, en su relación con la Divinidad”. Worship, Sept. 1959.

EL ESPIRITU DE LA LITURGIA

“La misa es el misterio de la redención hecha presente. No se le hace entender a los fieles por trucos como: 1.— celebrar de cara al pueblo; 2.— decir una parte de la misa en francés; 3.— ofrecer las herramientas. Eso se logrará instruyendo a los asistentes sobre el Cristo Redentor, sobre la Cruz y sobre la actualidad del sacrificio de la Misa. Una pobre mujer que recita el rosario durante la celebración de la Misa tiene, tal vez, un sentimiento de la Redención más vivo, más presente, que el liturgista de fantasía o el creador de dificultades”, Jules Cardenal Saliège, Arzobispo de Lyon.